



ANTOINE COMPAGNON, *Los antimodernos*, trad. de Manuel Arranz, Acantilado, Barcelona, 2007, 253 pp. ISBN: 978-84-96489-79-0.

Los antimodernos de Antoine Compagnon es una obra controvertida que, como suele suceder con el reconocimiento y con el prestigio que le precede, y que naturalmente le sigue, a cualquier autoridad literaria, no ha tenido aún la recepción y, sobre todo, la discusión que se merece, al menos entre nosotros hispanohablantes: la caracterización de los antimodernos como “los modernos en libertad” (22) indicaría ya el déficit de libertad característico del hombre (anti)moderno, en primer lugar, en su expresión. La libertad (moderna) no existe. Cuando, además, leemos que “los antimodernos nos seducen” (14), la cautela del lector es, o debería ser, máxima desde el principio. Cualquiera que conozca lo suficientemente bien la obra literaria de Compagnon no debe olvidar la advertencia final de Montaigne, uno de los guías en las lecturas de Compagnon junto a Baudelaire —de hecho, de Montaigne a Baudelaire podría fijarse, en mi opinión, el declive de la modernidad, lo que haría pensar en Montaigne como el último baluarte de la antigüedad que se resiste a la entrada en el mundo moderno y, por tanto, en Baudelaire como el comienzo fracasado *in nuce* de cierta modernidad¹—, según la cual los desencuentros entre las personas tienen un origen lingüístico. La tesis básica de Compagnon no es novedosa en absoluto: los antimodernos, no los modernos, serían los auténticos revolucionarios, y la escritura de *Los antimodernos* aspiraría de una manera solapada a una especie de revolución, o al menos renovación, en la literatura francesa; un poder de seducción o persuasión que, como decía, es antiguo, ya sea sofisticado o socrático, y no precisamente moderno. Es, desde luego, un error categórico, y una contradicción fuerte, entender la modernidad como una reacción a la tradición, o a la historia del pasado, cuando, según Compagnon, la tradición acaba mimetizándose con ese movimiento nuevo, casi diríamos maldito, que constituye, en mi opinión, la auténtica paradoja de la modernidad: lo que llamamos la modernidad está siempre inacabado, o a punto de ser, casi como el devenir del logos heraclíteo: inacabado querría decir aquí que los antimodernos de Compagnon, incluido él mismo, o, como a veces lo llama, la “ultramodernidad” ha contribuido a producir el cambio que quisiera impedir. Lo diré de otra manera: ¿es la modernidad una ideología? ¿Podemos dejar de ser modernos? La seducción, o la persuasión, apela efectivamente a lo inmediato, al momento presente y, en este contexto, la cautela necesaria sería no perder de vista el sentido; es decir, los antimodernos han subvertido la historia y, tanto para lo bueno como para lo malo, son nuestros contemporáneos, pero su capacidad profética, por así decirlo, los convertiría en víctimas de la historia. Se trata, por tanto, de una doble cautela. El moderno, el revolucionario genuino que está a contracorriente de la historia se convierte *ipso facto* en la víctima (y en el

¹ Es posible que solo Stanley Cavell haya comprendido bien la dialéctica de *El pintor de la vida moderna* de Charles Baudelaire. Véase STANLEY CAVELL, *El mundo visto. Reflexiones sobre la ontología del cine*, trad. de Antonio Fernández Díez, UCOPress, Córdoba, 2018.

verdugo, para decirlo con Joseph de Maistre, a la sombra de Schopenhauer en el libro de la historia. En cualquier caso, Compagnon no dice, o revela, que lo lamentable en ambos bandos es que únicamente se valora la experiencia (moderna). Tanto es así que la persuasión, o la seducción, surge del desengaño a raíz de una experiencia vital. En mi opinión, el enigma del hombre moderno es que resulta indefinido, indeterminado, tal vez, porque precisamente bebe de todas las fuentes y, más allá de su propia insensibilidad (era la teoría de Jaspers), no encuentra su propia identidad única. Dicho de otra manera, la necesidad de adaptarse al cambio constante lo debilita hasta el punto de no reconocerse a sí mismo. (Recordemos aquí el comienzo de la *Apología de Sócrates* de Platón.) Entonces, podríamos decir, lo justo no es ya lo verdadero y el sofista (moderno) no es ya la ciudad, sino el bien (común), realmente sin identificar o, a todas luces, mal identificado.

La ideología de la historia, que podría ser con Nietzsche la transvaloración, o la transposición, de todos los valores, no es la historia de la ideología, o de las ideologías en plural, sino que entre la historia y la literatura, o precisamente como una reflexión sobre la historia de la literatura, se encontraría la aproximación a la filosofía que, como moderación, no renunciaría con Blumenberg a la legitimación de la era moderna². Lo que quiero decir es que posiblemente la única tarea del filósofo, y por tanto del profesor de filosofía, es la de identificar el bien, con la salvedad de que el bien, como el filósofo que se precia de serlo, no es antiguo o moderno. El bien es uno, eterno, idéntico a sí mismo. Pero la historia de la humanidad, o la historia del pensamiento, cualquiera que sea su ideología, tiene un elemento de “ambivalencia” que no solo caracteriza la (anti)modernidad. Precisamente Compagnon dice que la modernidad es “consciente” porque es ambivalente, que la ambivalencia es la (auto)conciencia de la modernidad, y que la ambivalencia es la experiencia moderna por antonomasia, pero si esa ambivalencia constituye realmente la paradoja de la modernidad, no puede ser una cualidad de la conciencia (moderna), a saber: el carácter de lo inacabado como aquello que define el ser moderno, es decir, lo moderno es lo nuevo que ha quedado anticuado al ser, o, más bien, al aparecer en el mundo la causa, precisamente, del sentimiento moderno del desarraigo aún incubándose.

En la introducción a la primera parte titulada ‘Las ideas’ (la segunda parte del libro, titulada ‘Los hombres’, continúa inédita en español), Compagnon asociaría las ideas (en este orden, contrarrevolución, anti-ilustración, pesimismo, el pecado original, lo sublime y la vituperación, o la imprecación, darían cuenta de, o son una respuesta a, la idea del mal y se corresponderían con el problema de la historia, o la política, la filosofía, la existencia —que extrañamente Compagnon entiende como un sinónimo de la moral—, la teología, la estética y el estilo) a lo que él llama los *topoi*, esto es, las ideas tienen un contexto específico y su contexto tiene mucho que ver con el carácter literario, si me está permitido hablar así, de la modernidad. Lo que podría ser el carácter literario de la modernidad es, sin embargo, un enigma en el que convergen la modernidad y lo que Compagnon llama la antimodernidad. El hecho es que la escritura del hombre moderno es un estigma de su sufrimiento en este mundo (26). Del sufrimiento al pesimismo hay solo un paso, sobre todo si ese paso está determinado por el reconocimiento de la condición fatal del hombre que se remonta originalmente, precisamente a la primera escena del conocimiento.

La paradoja de la antimodernidad para Compagnon, quien cita a Chateaubriand para explicarlo (“defiendo una causa que, si triunfa, se volvería de nuevo contra mí”, 217), sería, en el fondo, que lo bueno y lo malo son indistinguibles en la medida en que,

² HANS BLUMENBERG, *La legitimación de la Edad Moderna*, trad. de Pedro Madrigal, Pretextos, Valencia, 2008.

como reza el famoso proverbio español (como no puede ser de otro modo, profundamente pesimista), vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer. El futuro se cierra en banda así, y lo que resta del presente no es sino una pequeña fuerza para contrarrestar, o para confirmar, el pasado, y de este modo regresamos de inmediato al problema de fondo de la disputa entre los antiguos y los modernos que, a estas alturas, sigue sin ofrecer una perspectiva sobre cómo vivir nuestra vida. De hecho, el lector puede tener un hartazgo de las etiquetas que acompañan a Compagnon para todas las cosas... “La denominación de *antimoderno*... depende del punto de vista” (242) y a menudo hace referencia a un antagonista; de hecho, yo creo que cualquiera que haya seguido mínimamente la literatura sobre lo que se llama la modernidad, y que forma parte ya de nuestra tradición secular, verá sin dificultad que tanto el asunto como el estilo de Compagnon, no solo en el caso de la escritura de *Los antimodernos*, adolecen de un desgaste intrínseco a su objeto de estudio que raya en el tedio o la indiferencia o, incluso, en la obviedad (por ejemplo, al caracterizar a los antimodernos como la suma de la “reacción” y del “encanto”), sobre todo cuando se reitera de un modo tanto implícito como explícito que la modernidad es irreductible a la antimodernidad y viceversa, sino que ambas se reducen a sí mismas, precisamente, no por separado. Lo cierto es que la modernidad consiste, por decirlo así, en que no existe una solución de continuidad para la modernidad, debido a que la modernidad es algo que está haciéndose constantemente mientras pensamos en ello, prácticamente igual que cada presente. El resto son solo juicios de valor que cuestionan la decantación de la ambivalencia moderna y, sin embargo, nunca su existencia o, al menos, su pertinencia, sobre todo al omitir la figura de Sócrates sin la que posiblemente nosotros los modernos no existiríamos. Pero Compagnon no menciona nunca la *Apología de Sócrates*, quien, asesinado por la democracia, es el ironista por antonomasia y, como el primer filósofo conocido, o como cualquier filósofo que se precia de serlo, un provocador hasta el final. Pero la sombra de Schopenhauer, que es alargada, ha prevalecido desde entonces...

Antonio Fernández Díez

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>